

PROBACIÓN JULIO

LA CONVESIÓN, opción fundamental por el Reino.

“Dios me quiere en un estado permanente de unión con él, de mirada a él. Como Pablo debo dar base sólida a mi conversión. No solo recibir consejos que me llegan. Dejar que Cristo obre en mí la conversión. A lo largo de la Biblia he leído que Dios dice: Conviértanse a mí.

No se trata tanto de cambiar algo sino de encontrar a Dios en la vida. Empiezo por el descubrimiento vital de Cristo que vive en mí hoy y siempre. Estoy atenta a la Iglesia: a sus jerarquías, pero también a todos mis hermanos, los humildes, que me revelan al Cristo vivo y a través de los cuales él me habla”. (Padre Álvaro Torres, cjm).

Recordemos que el itinerario de las Probaciones lo estamos tomando del libro “El proceso de la vida cristiana”, de la autoría del padre Álvaro Torres, Eudista, quien lo escribió para el Instituto atendiendo a la petición de la Asamblea General del Instituto de proponer el ejercicio de las Probaciones siguiendo la guía de la lectio divina. Como en la primera Probación se hizo la presentación del libro mencionado, en adelante, incluiremos, antes de la Probación, solamente la guía que propone el padre Torres para la lectio divina pues es la que utiliza en el desarrollo de las Probaciones. Así, será más fácil para cada una de las FSJC hacer el ejercicio mensual de la Probación respectiva con la guía sugerida y que hemos estado utilizando en nuestras reuniones mensuales para la lectura meditada del Evangelio del domingo siguiente a la reunión.

GUÍA PARA LA LECTIO DIVINA QUE SE UTILIZARÁ EN LAS PROBACIONES

Presbítero Álvaro Torres Fajardo, cjm

Esta guía sigue los pasos siguientes: lectura del texto, meditación, oración, contemplación, consignas, aclamación final.

Se ha preferido usar un lenguaje personal, comprometido. De ahí el empleo de la primera persona. Esto no puede hacernos olvidar que nunca actuamos solos en la Iglesia. Ese yo del texto me comprometo con mis hermanos y hermanas en la fe cristiana en un nosotros propio del lenguaje comunitario.

1. Busco un texto bíblico que ilumine el tema de la guía.

2. Leo detenidamente el texto.

- Lo leo una o varias veces para comprenderlo.
- Busco las palabras que no entiendo bien.
- Me fijo en los personajes: qué dicen, qué hacen, qué se dice de ellos.
- Observo las escenas de la narración, su progreso, su final.
- Subrayo los verbos principales.
- Busco textos paralelos sobre el mismo tema.

3. Reflexiono sobre el texto y su incidencia en mi vida.

- Me pregunto qué enseñanza me ofrece la Palabra sobre Dios, sobre su misterio, sobre su obra de salvación, sobre María, sobre el discípulo, sobre el hombre, sobre el mundo creado.
- Me apropio la Palabra como dirigida a mí.
- Imagino estar presente en la escena que describe la Palabra.
- Tomo el puesto de los personajes de la Palabra: Me digo por ejemplo: Zaqueo soy yo, esa mujer soy yo...
- Me pregunto qué quiere el Señor de mí en este pasaje.

- Me interrogo sobre cuál ha sido mi respuesta a la Palabra.
- Extiendo esta Palabra a mi familia, al Instituto, al medio en que trabajo, a la Iglesia, a toda la humanidad.
- Me pregunto cómo llevar esa Palabra a los hermanos...

4. Oro con la Palabra.

- El Señor me dirige su Palabra: mi respuesta es la oración.
- Oro al Espíritu Santo para que me conduzca e ilumine.
- Lo alabo y lo bendigo por haberme hablado.
- Le doy gracias por haber pensado en mí y haberme enviado su Palabra.
- Le pido perdón por no haber seguido su Palabra, por mi comportamiento tan lejano de lo que él quiere de mí.
- Me entrego a él para que obre en mí.
- Oro por la Iglesia, el Instituto, mi familia, aquellos que esperan el servicio de mi oración, por el mundo, etc.
- En silencio contemplo a Dios, autor de esta Palabra.

5. Busco cómo prolongar la fuerza de la Palabra en mi acción.

- Leo de nuevo el texto detenidamente.
- Subrayo alguna frase o palabra que me han impresionado en forma especial.
- Me propongo repetirla a menudo a lo largo del día.
- Me propongo dar realidad en mi vida a la Palabra.
- Identifico las circunstancias de mi vida diaria en que voy a encontrar un llamado especial de esta Palabra en mi día.
- Pienso en especial en mis relaciones de trabajo o familia, con otros, en las que debo poner en práctica la Palabra.
- Considero qué me pide la Palabra en el mundo secular en que vivo, en mi familia, mi trabajo, mis amistades, la vida política, social, económica.

6. Condensó en una frase breve, sacada de la misma Palabra de Dios en lo posible, la idea fundamental del texto meditado.

PROBACIÓN JULIO
3.2 LA CONVERSIÓN.
Opción fundamental por el Reino.

Leo pausada y atentamente el texto de la conversión de san Pablo en Hechos 9,3-19.

9

3 Pablo iba de camino, ya cerca de Damasco, cuando de repente lo deslumbró una luz que venía del cielo. 4 Cayó en tierra y oyó una voz que le decía: —Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

5 Contestó: —¿Quién eres, Señor? Le dijo: —Yo soy Jesús, a quien tú persigues.

6 Ahora levántate, entra en la ciudad y allí te dirán lo que debes hacer.

7 Los acompañantes se detuvieron mudos, porque oían la voz pero no veían a nadie. 8 Saulo se levantó del suelo y, al abrir los ojos, no veía. Lo tomaron de la mano y lo hicieron entrar en Damasco, 9 donde estuvo tres días, ciego, sin comer ni beber.

10 Había en Damasco un discípulo llamado Ananías. En una visión le dijo el Señor: —¡Ananías! Respondió: —Aquí me tienes, Señor.

11 Y el Señor le dijo: —Encamínate a la Calle Mayor y pregunta en casa de Judas por un tal Saulo de Tarso: lo encontrarás orando.

12 En una visión Saulo contemplaba a un tal Ananías que entraba y le imponía las manos y en ese momento recobraba la vista. 13 Ananías respondió: —Señor, he oído a muchos hablar de ese hombre y contar todo el daño que ha hecho a los consagrados de Jerusalén. 14 Ahora está autorizado por los sumos sacerdotes para arrestar a los que invocan tu nombre.

15 Le contestó el Señor: —Ve, que ése es mi instrumento elegido para difundir mi nombre entre paganos, reyes e israelitas. 16 Yo le mostraré lo que tiene que sufrir por mi nombre.

17 Salió Ananías, entró en la casa y le impuso las manos diciendo: —Saulo, hermano, me envía el Señor Jesús, el que se te apareció cuando venías por el camino, para que recobres la vista y te llenes de Espíritu Santo.

18 Al instante se le cayeron de los ojos como unas escamas, recobró la vista, se levantó, se bautizó, 19 comió y recobró las fuerzas. Y se quedó unos días con los discípulos de Damasco.

Es un texto narrativo que cuenta un acontecimiento que es clave en la historia de la Iglesia. Por tres veces se habla de él en los Hechos: aquí lo narra el cronista. En el capítulo 22 Pablo mismo, en primera persona, lo comparte con los judíos que airados le piden cuentas; en el capítulo 26 lo cuenta Pablo mismo a dos personajes curiosos, no interesados en los caminos de Dios. Las tres narraciones concuerdan en lo fundamental. Lo leo también en la carta a Gálatas (1, 11-24) donde Pablo mismo lo escribe en tono muy personal y más cercano quizás a lo que aconteció. En 1 Corintios 15, 8-10, de paso, pero con hondura teológica lo recoge como dato inolvidable de lo vivido.

Veo que se da el cambio total de una persona: hay dos Pablos, el de antes y el de ahora. Entran en escena otros personajes. Los que lo acompañan en su camino a Damasco. No atraviesan palabra. Lo conducen luego a la ciudad. Un personaje cristiano, Ananías. Conoce a Pablo como perseguidor y no oculta sus temores. Pero es obediente a la palabra de Dios y cumple su misión: hablarle a Pablo de lo que Dios quiere de él y bautizarlo para que entre a la Iglesia. Pero el personaje central es Jesús resucitado y glorioso. Lo que acontece es obra suya, iniciativa suya.

La narración es dinámica. Se lee con interés. No se pierde en detalles inútiles. Todo es significativo. Me muestra al primer Pablo, fogoso, entusiasta, incluso fanático. Por otros textos lo conozco así. Tiene un proyecto en el corazón: acabar con los discípulos del nazareno que empiezan a crecer y a difundirse y son amenaza para su pueblo. No ahorra fatigas en su empeño. Se diría que está engeguecido en sus convicciones. De pronto todo cambia. Hay un descubrimiento que perturba todos los planes de Pablo. Jesús le presenta su plan y hace que lo acoja. Pablo cambia de soberbio a humilde y obediente. Abre la totalidad de su vida a lo nuevo. Asume riesgos graves y con el fuego de antes, ahora al servicio del Señor Jesús, asume la nueva misión. Todo ha cambiado en Pablo, sobre todo su interior, su corazón. Su visión de Dios, de Jesús, de la Iglesia, de los cristianos, todo cambia en él. Ese cambio lo llamo conversión. Es transformación, transfiguración. No dejo de observar los lugares: Jerusalén, el camino de Damasco, la ciudad de Damasco, una de sus calles. Observo la fuerza nueva de la palabra hermano que Ananías le dirige. También él ha cambiado: de reticente y temeroso a servidor amable y fraterno.

La conversión-transformación de Pablo le trae el campo abierto de la misión que empieza a realizar dentro de la Iglesia venciendo la inicial desconfianza frente a su nombre. Para él, a partir de ahora, Jesús está vivo y ha entrado de lleno a su vida. Se ha apoderado de él.

Otros textos paralelos a este para meditar durante el mes pueden ser: Hechos 10,1-48 (conversión del centurión Cornelio); Hechos 16,11-15 (conversión de Lidia); Hechos 16,25-34 (conversión del carcelero romano de Pablo y Silas).

Medito en esta lectura para escuchar a Dios en mi vida.

Sé que este momento de la vida de san Pablo se llama su conversión. Quiero ahondar en lo que es la conversión y la creo necesaria en mi vida y en la de todos los cristianos. Al leer este texto creo que debo revisar la noción que he recibido de conversión. Me ha parecido reservada a ciertos grandes pecadores a quienes se les aconseja que cambien de vida. Que se alejen de conductas desordenadas para ellos y para los demás. Es un cambio de comportamientos, a veces pasajero y no de un cambio de corazón, permanente, para la vida. No es malo pero no es todo.

Pablo mismo se confiesa intachable en su vida de judío piadoso y cumplidor estricto de la ley. Pero está siguiendo un camino que no es el que Dios quiere de él. Dios mismo lo lleva a cambiar de rumbo y encontrar la voluntad divina. El relato me lo ilustra bien. Pablo hace tres descubrimientos fundamentales. El primero, Jesús Nazareno no es un difunto como él cree sino un viviente. Pablo no está preocupado por él sino por sus discípulos. Cuando escucha en su corazón que Jesús le dice: Yo soy Jesús a quien tú persigues todo empieza a cambiar. El segundo la Iglesia. Jesús no le dice lo que debe hacer sino que lo remite a un discípulo, a la Iglesia que ha nacido de su resurrección: Allí se te dirá. Debe escuchar a la Iglesia. El tercero, el bautismo. Momento en que caen sus oscuridades y recibe la iluminación. Entra en la Iglesia, en el plan salvador, por obra de Cristo a través del ministro que lo bautiza.

Yo misma estoy en proceso de conversión. Ella no es un momento pasajero de mi vida sino un estado permanente que cubre toda mi vida. No me pregunto si tengo grandes comportamientos que deben cambiar sino si yo misma debo cambiar y crecer incesantemente en el camino de Dios. Dios me quiere en un estado permanente de unión con él, de mirada a él. Como Pablo debo dar base sólida a mi conversión. No solo recibir consejos que me llegan. Dejar que Cristo obre en mí la conversión. A lo largo de la Biblia he leído que Dios dice: Conviértanse a mí. No se trata tanto de cambiar algo sino de encontrar a Dios en la vida. Empiezo por el descubrimiento vital de Cristo que vive en mí hoy y siempre. Estoy atenta a la Iglesia: a sus jerarquías, pero también a todos mis hermanos, los humildes, que me revelan al Cristo vivo y a través de los cuales él me habla. Asumo con valor la misión y los riesgos que ella conlleva. Encontrar a Dios durablemente en mi vida es encontrar a mi prójimo y asumir los compromisos que tengo en el mundo. Una vez más, la conversión es dejar para encontrar, renunciar para adherir, como le sucedió a san Pablo.

Oro a Dios desde mi vida necesitada de conversión.

Padre Dios, tú me llamas sin cesar, cada día, a convertirme a ti. Sé que te pertenezco, que tú eres la razón de mi existencia. Que me creaste para ti y “mi corazón no encuentra sosiego mientras no descansa en ti”. Señor Jesús, haz que te descubra vivo en mi vida y en la vida del mundo. El infaltable eres tú. Concédeme renunciar a todo lo que no eres tú. Tantas cosas me separan de tu amor. Prefiero mis planes, mis proyectos. Me invade el amor a mí misma con olvido de ti y de mis hermanos. Me has pedido renunciar y a asumir tu cruz para seguirte. Mi

adhesión debe ser vital. Tu vida me sostiene en la marcha fatigosa de la vida cristiana. Tu Palabra en el evangelio me ilumina. Pero tu Palabra me es tantas veces olvidada y más todavía desechada. Me pides amar y mi amor es muy limitado. Me pides orar y no te tengo siempre presente en mi vida. Me pides entregarme a ti y a mis hermanos y no lo hago por reservarme para mí misma. Quiero renunciar a todo lo que tú quieres que renuncie y quiero adherirme a ti fuerte e inseparablemente.

Sé que no lo puedo hacer si no lo hago en el amor y servicio de los demás. Haz que descubra cada vez más el misterio de tu Iglesia, comunión con todos mis hermanos, abierta a toda la humanidad. Me falta comprender a los que caen, a los que considero grandes pecadores. Me falta mirarme más a mí misma cuando juzgo a los otros. La misión hace parte de mi conversión. No hay conversión verdadera sin misión. Toda misión supone vivir en conversión. Concédeme entenderlo y vivirlo. Que María, para quien la conversión fue su delicada fidelidad a ti, me alcance esta gracia. Que pueda decir con san Pablo: *Yo sé a quién me entregué y estoy cierto de que es fiel.*

Separo un espacio para contemplar a Dios que me ama y me quiere atada a él inseparablemente. Quiero percibir en la lectura de mi vida su presencia en mí y en todos los que conozco y amo.

Consignas para retener durante la jornada que voy a vivir:

- Considerar que hoy es día de conversión para mí.
- Orar para que el Señor dé a todos la gracia de convertirse a él.
- Pensar en la urgencia de la conversión sobre todo en los momentos de crisis, no solo en las personas sino en las instituciones.
- Pedir para que la conversión se viva en la Iglesia en todos y cada uno de los bautizados.
- Pedir, recibir y vivir la conversión como gracia generosa de Dios.

Guardo en la memoria alguna palabra para repetirla con frecuencia:

Conviérteme, Señor, y me convertiré y te hallaré.

Bibliografía

- 📖 Sagrada Escritura.
- 📖 El Proceso de la Vida Cristiana. Padre Álvaro Torres, c.j.m.